

Pastoralia

El ministerio de CELEP

en perspectiva
teológica

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
El ministerio de CELEP
en perspectiva teológica
Artículo publicado en diciembre de 1985
Revista Pastoralia nº 15 – Año 7 – Páginas 113 a 120



EL MINISTERIO DE CELEP EN PERSPECTIVA TEOLÓGICA

Plutarco Bonilla A

El CELEP se define a sí mismo como una institución que está al servicio de la iglesia latinoamericana y de América Latina en general. Pero, “servicio” es un término que tiene muchos y variados significados. A este respecto, el CELEP ha tratado de evitar el caer en las trampas de la unilateralidad, la que es tanto el resultado de comprensiones reduccionistas de la existencia cristiana como causa de ésta. La iglesia, de la que el CELEP es parte, es también una realidad multifacética. Es cierto que la misión de la iglesia es inseparable de su ser, pero esa misión puede entenderse desde varias perspectivas. El CELEP desea, en este como en otros asuntos, ser fiel tanto al testimonio bíblico como a la presente realidad social latinoamericana, que demasiado frecuentemente es brutal y deshumanizante.

1. *El servicio cristiano*

El meollo de la experiencia cristiana – que en la misma Biblia recibe diferentes nombres y se describe de maneras diversas – es la transformación tal de la persona que ésta llega a ser un servidor del Rey de su Reino. Hay, para comenzar, una serie de preguntas muy importantes que bien haríamos en intentar responder.

- ¿Cómo podemos – en el contexto específico de nuestra región y nuestro tiempo – darle expresión concreta a la enseñanza bíblica acerca del servicio cristiano?
- ¿Cómo traducir – en nuestra muy particular situación – la afirmación antiguotestamentaria de que Yavé es el Dios del huérfano, de la viuda, del pobre, del extranjero?
- ¿Qué implicaciones tiene hoy la afirmación de Jesús de que “a los pobres es predicado el evangelio”?

Creemos que es patente, en el testimonio bíblico, que ni una ni otra afirmación pueden interpretarse en sentido reduccionista de anuncio verbal. Este no se niega; pero, ni es todo ni es suficiente; ni tiene significado cuando no va acompañado de “una fe que se traduce en amor” (Gál. 5:6) y de un amor que nos pone “al servicio de los demás” (Gál. 5:13).

Las apabullantes referencias bíblicas a la defensa del pobre, del huérfano, de la viuda y del extranjero no deben dejar lugar a dudas – sobre todo a la luz de la vida de Jesús – de la importancia capital que ellos tienen en el plan de Dios. Como objetivo esencial de la misión de la Iglesia – y las instituciones paraeclesiales son parte de la Iglesia – el cuidado de esas personas y la lucha a favor de ellas *no* es opcional. La Iglesia cristiana ha sido culpable (y nosotros con ella) de preocuparse más por sí misma que por aquellos por quienes Cristo murió. A la luz de este testimonio bíblico, no se necesita ninguna otra justificación para salir al encuentro del necesitado.

Además, no hemos de olvidar que, en el misterio de Dios, son los pobres, los pequeñitos, los que sufren, los ignorantes (según las categorías humanas), los débiles quienes son llamados bienaventurados. Ello implica que quienes no pertenecen naturalmente a este grupo, ni se solidarizan con él, son los malaventurados. E implica también que de aquellos bienaventurados, por su medio, tenemos que aprender y recibir la bienaventuranza del Reino.

No se trata, por lo tanto, de salir al encuentro del necesitado con una actitud de superioridad, como si fuéramos "los-que-tienen" para "darles" a "los-que-no-tienen". En ese plano, cuando así sucede, el amor se ha degenerado en limosna, ingrata a los ojos de Dios. Se trata, eso sí, de hacer lo de Jesús y lo del Dios de Jesús, ponernos al lado del pobre, del huérfano, de la viuda, del extranjero. . .

Ahora bien, el análisis de la actual Iglesia costarricense y latinoamericana en general nos muestra que la iglesia protestante está actualmente gastando casi todas sus energías en esfuerzos que ella define como de "evangelización". Y aun cuando también patrocina obras de beneficencia (por lo general de carácter asistencialista), esta preocupación social no ha sido incorporada articuladamente a la reflexión teológica. La limitada comprensión de lo que es la evangelización y un consecuente exagerado énfasis en la proclamación verbal y en la trascendencia ultramundana han hecho que la Iglesia protestante haya descuidado los desafíos de la hora presente y, por rebote, se haya convertido, quizá sin percatarse, en aliada de los poderes establecidos.

La reconciliación – con Dios, con el prójimo y con uno mismo – es un elemento esencial en la proclamación del Reino. Pero, si la reconciliación se entiende solo o principalmente como apaciguamiento, entonces no se trata ya del mensaje bíblico, y se ha convertido en un instrumento de alienación. Otro aspecto debe tomarse en consideración: las señales del Reino y las manifestaciones del Antirreino (o del Reino de la muerte) no están presentes solamente en pequeñas comunidades o en comunidades nacionales, sino también – y particularmente – en la más amplia comunidad humana, que incluye las relaciones internacionales.

Centroamérica – nuestro más inmediato contexto – manifiesta la presencia de las fuerzas destructoras que prevalecen por doquier. Y "tras" nuestros países está la sombra gigantesca del gran coloso del Norte y de sus enormes corporaciones cuya insaciable voracidad nuestros propios países ayudan a saciar, muy a su pesar. Es necesario descubrir, también ahí, el significado del servicio cristiano.

2. *Algunas facetas del servicio*

Al llevar a cabo el llamado al servicio, en el CELEP hemos llegado a la conclusión de que hay muchas maneras de poner en práctica el servicio cristiano. Como consecuen-

cia, aceptamos el hecho de que diferentes organismos cristianos acentúen diferentes aspectos de ese servicio. No es de esperar que una sola institución paraeclesial abarque la totalidad de esos aspectos. ¿Cuáles son, entonces, – tenemos que preguntarnos – los principales elementos que constituyen la comprensión que el CELEP tiene de su propio ministerio? ¿Cuál es la especificidad del CELEP? Comencemos por establecer un hecho: tenemos que superar ciertas falsas dicotomías en nuestra comprensión del servicio cristiano. Algunas de esas dicotomías han creado distinciones dañinas en la vida de la iglesia.

El CELEP considera que en la presente condición de nuestros pueblos latinoamericanos debe ejercer un ministerio profético. Pero, ¿es la *propheteía* algo diferente de la *diakonía*? Creemos, más bien, que es una de las facetas – y muy importante, por cierto – del servicio. El ministerio profético de la iglesia (que se hace realidad por muy diversos medios) no es un fin en sí mismo, sino que apunta a la transformación de una particular parcela de la realidad para alcanzar el bienestar (*shalom*) de las personas involucradas. La condenación encuentra su verdadero significado en la transformación: o sea, cuando aquello que se condena (trátese de una persona, una actitud, un movimiento, una estructura social o lo que sea) es de tal manera transformado que la causa de que fuera condenado ha dejado de existir.

El CELEP entiende así el significado de su servicio profético a la iglesia y a la América Latina en general. No hay ninguna complacencia en el hecho de condenar. Tampoco existe ningún “complejo” de ser profetas. Entendemos, eso sí, este aspecto de nuestro ministerio como una dimensión específica y muy importante de nuestro servicio cristiano.

Al llevar a la práctica su ministerio profético, el CELEP recibe su inspiración del testimonio bíblico, el que, simultáneamente, se convierte en nuestro punto de partida. Hacemos el esfuerzo de leer el texto bíblico – la Palabra de Dios – en el contexto de nuestra realidad latinoamericana. De esta manera – y bajo la dirección del Espíritu Santo, que nos ha sido prometida – tratarnos de entender tanto la Escritura como nuestra realidad siguiendo el modelo de la experiencia de los propios profetas y de tal manera que la necesaria mediación ideológica sea precisamente eso: una mediación, y no la base ni el punto de partida de nuestra reflexión teológica.

Otro tanto podría decirse del ministerio de proclamación (*Kerygmático*). Aquí se hace necesaria una aclaración. La verdadera proclamación del evangelio (en el sentido de proclamación verbal, o sea de *contar* la historia) es una parte esencial (y por ello inevitable) del servicio cristiano. Pero este (el servicio) no se agota en aquella (la proclamación verbal). Dicho con otras palabras: la proclamación no agota el servicio, pero es una de sus componentes esenciales. Percibir la *diakonía* y el *kérygma* como dos cosas separadas es un gran error que ya ha tenido serias consecuencias en la vida de la iglesia.

Los orígenes del CELEP, como parte de una institución dedicada a la evangelización, y su desarrollo reciente, manifiestan la continua búsqueda de una genuina integración de estos elementos.

3. *Una mirada hacia adentro*

Un dicho español bien conocido sostiene que nadie puede dar lo que no tiene. La libertad y el poder para servir demandan que seamos libres y que poseamos el poder para

servir. O aún mejor: exige que estemos siendo liberados para ser canales del poder de Dios (que algunas veces implica carecer de “poder”). Ambos aspectos les dan significado a las actividades y funciones del CELEP. Por ejemplo: la adoración (*leitourgía*) ha de estar relacionada no solo con la proclamación (*kérygma*) y con la profecía (*propheteía*), sino también con el servicio (*diakonía*). En la adoración expresamos nuestra referencia a Dios por lo que “Él” es, no en tanto “ser metafísico”, sino como salvador, liberador, dador de la vida, Señor. Concomitantemente, en la adoración impetramos la guía y el poder divinos, puesto que confesamos que es solamente en virtud de la misericordia, la gracia y el poder de Dios como podemos existir y ser colaboradores en las tareas del Reino. De ahí que el arrepentimiento y la fe (indispensables para entrar al Reino) sean también ingredientes indispensables de la adoración cristiana.

De esta manera, el significado de la adoración trasciende el mero acto de adoración, en el sentido de que es proyectada hacia la totalidad de la vida del adorador. En la adoración, el servicio encuentra su exégesis última y el adorador es equipado para ser un verdadero siervo siguiendo el ejemplo de su Señor.

Exactamente lo mismo podría decirse de la comunión (*koinonía*) de los santos. En efecto, es en la comunidad-en-adoración donde se halla la verdadera comunidad. Es allí donde el creyente encuentra fortaleza y coraje para ser cristiano en el mundo. Es la comunidad-en-adoración la que le da coherencia (y coherencia trascendente) a la comunidad-en-servicio. Y es allí donde la solidaridad cristiana debería encontrar su primera y más clara expresión. (Por eso Pablo dice que no debemos cansarnos de hacer el bien, “especialmente a los que son de la familia de la fe”).

Percibimos esta *koinonía* no solamente como la comunión que se da al interior del CELEP, entre aquellos que lo constituyen, sino en un sentido mucho más amplio. Aquí encontramos, precisamente, algunas de las características particulares del CELEP.

A causa de su propia “tradición” histórica (aunque se trate de una tradición de sólo poco más de una década), y porque es una parte esencial de su propia vocación y convicción teológica y eclesial, el CELEP ha mantenido buenas relaciones con aquellos sectores de la iglesia protestante latinoamericana a los que podríamos denominar de conservadores (y en algunos casos casi-fundamentalistas). Por supuesto, también estamos bajo el ataque de algunos otros sectores similares. Sin embargo, ¿por qué muchos grupos conservadores al igual que iglesias e instituciones progresivas y de orientación ecuménica confían en el CELEP?

El CELEP nunca ha renunciado a su postura ecuménica. Es bien conocida la participación de varios miembros de su personal en actividades y comisiones ecuménicas. El CELEP ha manifestado con claridad cuál es su perspectiva teológica, y lo ha hecho a través de sus publicaciones en español, portugués e inglés. En 1985 dimos a la luz pública lo que llamamos nuestro *Compromiso de fe y vida*.

Aunque no es una agencia de desarrollo ni una institución de acción social, el CELEP se ha atrevido a manifestar su comprensión teológica del evangelio en sus dimensiones políticas, y muy concretamente en relación con los presentes conflictos en la región centroamericana.

Todo esto es cierto. Pero también es cierto que el CELEP ha luchado por evitar aquellas dicotomías que ya hemos mencionado. Es verdad, igualmente, que muchos

miembros del personal del CELEP están continuamente comprometidos en actividades de predicación – evangelística y de otro tipo. Es verdad que tomamos el testimonio bíblico muy seriamente. Tratarnos de ser respetuosos con quienes no piensan igual que nosotros, sin entrar en componendas respecto de nuestra vocación. Estamos abiertos al diálogo y a la cooperación con la iglesia cristiana, doquiera que ésta se encuentre. (Y también con otros que no se consideran a sí mismos cristianos).

Esta manera de comprender nuestro ministerio le da una perspectiva particular a nuestra *koinonía*, la que se convierte, al mismo tiempo en la base de nuestra *koinonía* ecuménica y de nuestra solidaridad con el mundo, según el ejemplo de nuestro Señor.

En esta más amplia comunión, el CELEP encuentra tanto el significado de su particularidad como la oportunidad para su ministerio. Pensamos no sólo que tenemos algo que ofrecer sino que podemos aprender de otros y ser nutridos por otros. La iglesia nos necesita, pero nosotros necesitamos otro tanto de la iglesia, no por razones estratégicas sino por nuestra integridad y crecimiento. Esto es por lo que el CELEP ha manifestado explícitamente, desde sus orígenes, que cada miembro de su personal – sea ministro ordenado o laico – debe estar personalmente comprometido con la iglesia (es a saber, con la iglesia institucional) en cualquier aspecto del ministerio de ella. Este compromiso debe manifestarse en la aceptación de responsabilidades en la iglesia local.

Esta identidad evangélica nos impulsa hacia el mundo en actitud solidaria (encarnacional), como lo hizo el propio Jesús. La solidaridad de la comunidad de fe no es solidaridad contra el mundo. Es solidaridad por el mundo y con el mundo, en su sufrimiento y dolor y en sus anhelos de redención. La situación específica de América Latina, con sus características regionales (y sobre todo en el istmo centroamericano), a la cual hemos de dar nuestro testimonio cristiano, demanda que hagamos realidad concreta esta comprensión del servicio, de la adoración y de la comunión. La denuncia de los poderes de la muerte, la proclamación de la esperanza que se enraíza en el evangelio del Reino, la lucha por un mundo más justo, el llamado al arrepentimiento y a la fe – al amor, a la justicia y a la paz – son aspectos urgentes e ineludibles de nuestro presente ministerio. Y todo esto, en su total interrelación, constituye lo que el CELEP entiende por *pastoral*. La proclamación por hechos y por palabras (i.e., el servicio y la predicación), la adoración, el testimonio, el ministerio profético, etc., tienen una motivación y una meta comunes: ser fieles a Jesucristo y vivir – en forma limitada e imperfecta, por cierto, pero hasta sus últimas consecuencias – la realidad de aquel Reino que fue inaugurado por el propio Jesús.

Enero, 1986